

**Ricardo Menéndez Salmón**

Los muebles del mundo





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Ricardo Menéndez Salmón**  
Los muebles del mundo

---

© Ricardo Menéndez Salmón, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-322-4269-4

Depósito legal: B. 18.287-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

---

## ANTE LA HOGUERA

Veintiún relatos en veinticuatro años, los que median entre 1999 y 2022, ambos inclusive, parecen cosecha suficiente. Máxime cuando la certeza de que el relato como asiento de la escritura ha agotado su sentido es al fin inconmovible. Una certeza a la que no he llegado por motivos de insatisfacción o de parálisis, sino debido a que la literatura, que en mi caso se revela cada vez con más intensidad como la manifestación de un permanente estado de crisis, ha mudado su aspecto y su objetivo, tanto en lo que se refiere al lugar desde el que contemplar el mundo como en lo que atañe a la estrategia mediante la que afinar esa mirada. Sencillamente, el recipiente ha dejado de ser significativo como espacio en el que decantar la sustancia de la escritura. No es un demérito del género, pues, sino una cuestión de perspectiva.

---

Y sin embargo, al volver la vista atrás, al contemplar con ánimo selectivo y al revisar con espíritu crítico esta antología, asumo que el relato ha constituido una fuente de júbilo, por un lado, y un recinto de obsesiones, por otro. He sido feliz escribiendo relatos, un calificativo que se me antoja arduo de emplear aplicado a la redacción de novelas y de ensayos, y he hallado en el marco del relato el continente de algunos de mis motivos más queridos: la pregunta por la identidad, el reclamo del viaje, el amor a la pintura. El relato me ha nutrido y me ha ungido. El relato ha sido placenta y sismógrafo, puerto de partida e isla de regreso. Sin él, sin su estricta pedagogía y sin su acerada exigencia, no sería posible explicar el rumbo que ha tomado el resto de mi obra. Textos como *Derrumbe*, con su debate en torno al problema del mal, como *La luz es más antigua que el amor*, con su apasionado elogio de la creación, o como *Niños en el tiempo*, con su convencimiento de que nuestra vida solo adquiere sentido al transformarse en una historia que puede ser contada, no serían comprensibles sin bucear en las pruebas arqueológicas de un género.

Quiero conservar, al filo de este adiós, una imagen que me consuela y que a la vez me abruma, pues la considero una representación de nuestra especie, una huella no solo mnémica sino antropológica, en la que se resumen los poderes y misterios del relato. Esa imagen es la de un narra-

---

dor ante el fuego, la de una voz que habla para un auditorio que escucha, la de una antorcha —la palabra— que se cede de mano en mano. Todos mis relatos son narraciones ante la hoguera, tentativas de que el fuego no se consuma, de que la noche no sea completa, irredimible. Todos mis relatos arrancan de esa visión de alguien rodeado por la oscuridad, pero en posesión de un privilegio.

Como cualquier amante de los libros, he sido platónico por vocación. Sartre reconoció en *Las palabras* que había tardado treinta años en desprenderse de ese idealismo nacido del apego a la escritura. Desde niño fantaseé con un reino inmaterial en el que la idea hecha verbo era infinitamente más bella que los objetos que nombraba. Por ello, cuando con la edad comprendí que la palabra es un artificio, y que la supuesta función ontológica de todo lenguaje es fruto de una convención, algo en mí se resistió a asumir tal enseñanza. De la querencia por las palabras sobrevive todavía hoy la confianza, a lo peor absurda, en que contar una historia es un modo de salvar lo que encierra y de dignificar a quien escucha. Y aunque el mundo, día tras día, se obstina en desmentir mi creencia en el poder lenitivo del lenguaje, sigo considerando la literatura un lugar de celebración.

Estos veintiún relatos son la prueba de que he querido formar parte de esa longeva, inagotable

---

familia de narradores ante la hoguera. Para que  
nunca se apague.

*Fac ut ardeat.*

*Gijón, febrero del 2023*

---

## LAMENTOS

---

## ETERNIDAD

Confiesa Manuel, viejo y sabio cronista de la madrileña calle Preciados, que la idea de interpretar música de cámara durante la invasión de la Unión Soviética para amenizar las largas noches de los soldados de la Wehrmacht, no partió del ministro de Propaganda Goebbels ni de ningún otro gerifalte del Reichstag, sino del hoy olvidado teniente Baumann, profesor de contrapunto del Conservatorio de Leipzig que, caído en desgracia a resultas de un confuso lance amoroso en que se vio involucrada la esposa de un celoso *Oberführer*, fue destinado («desterrado», precisaba el oficial a quien quisiera escuchar su queja) a la Compañía Hipomóvil de la División Azul, cuerpo compuesto por veinte jinetes españoles que colaboraba en labores de rastreo a la vanguardia del ejército alemán.

Baumann, huelga decirlo, era según Manuel

---

un espíritu aventurero, uno de esos corazones en los que la paradoja halla su natural acomodo, capaz de embelesarse con un madrigal de Monteverdi y, horas más tarde, dispuesto a rebanarle las orejas a un pelotón de cadetes atrapados en el claro de un bosque. Por eso no resulta extraño que, al cabo de solo dos semanas al mando de la tropa, sus subordinados apareciesen con varias carpetas repletas de partituras, cuatro relucientes atriles, dos violines, una viola y un chelo confiscados nadie sabe dónde, pero en cualquier caso imprescindibles para levantar ese teatro de ensueño y maravilla que ahora resucita, de labios de un anciano, entre el ajetreo dominical del Madrid de los Austrias.

Lo que, atendiendo a las explicaciones de Manuel, resulta más difícil de aceptar es lo que luego sucedió, la fantástica historia de los caballos melómanos de la Compañía Hipomóvil, su vinculación secreta y aún hoy oscura con la música interpretada por Baumann y sus hombres.

Todo comienza en Pirogov, al sur de Kiev, en la república de Ucrania, el 25 de diciembre de 1941. Aquella noche de Navidad, en un enorme barracón de treinta metros de largo por quince de ancho, el cuarteto de Baumann interpreta ante ciento cincuenta oyentes un programa que incluye *La muerte y la doncella*, de Franz Schubert.

Manuel precisa que fue al inicio del segundo movimiento, durante el *andante*, cuando un caba-

---

llo lleno de mataduras se plantó en ese espacio indeterminado entre intérpretes y público que no pertenece a los unos ni al otro, sino que es propiedad exclusiva del sonido, y allí erguido, sereno como una roca, mascando en completo silencio el forraje del tiempo convertido en corcheas, calderones y fusas, con las orejas a modo de pequeños radares moviéndose a derecha e izquierda, permaneció absorto en su quietud de estatua mientras un puñado de almas aburridas comentaba en voz baja el parte de víctimas o la última carta recibida desde Alemania.

Baumann debió de sentir entonces la tentación de detener el concierto para que se expulsara al inesperado visitante, pero viendo que las razones del caballo para sumarse al auditorio eran puramente musicales, y que del resto de oyentes, acaso por hastío o indiferencia, no cabía esperar queja alguna, sus ojos volvieron a la partitura como si nada hubiese sucedido.

Claro que la verdadera revolución, recuerda Manuel con una media sonrisa esbozada tras el humo del Ducados, tuvo lugar durante la interpretación del *scherzo*, cuando una docena de sombras gemelas a la del primer caballo irrumpieron con su olor acre y caliente en el ámbito del barracón, hurtando al público la vista del cuarteto. Entonces sí que Baumann y sus acompañantes, con Manuel al chelo, alzaron los arcos de sus instrumentos con intención de detenerse, aunque solo para dejarlos

---

caer al momento, atrapados ya por la magia del instante, entregados al prodigio de aquella comunión entre hombres y bestias, toda vez que adivinaron en los ojos de sus monturas (en su mayoría cansados caballos de tiro, a buen seguro carne de matadero, a los que la urgencia de la guerra había librado de convertirse en comida para mendigos y perros) una emoción mucho más noble y profunda que la del resto de asistentes. Y de ese modo, haciendo de la excepción costumbre, sucedió que aquel primer concierto en Pirogov inauguró la insólita carrera de la Compañía Hipomóvil de la División Azul y sus caballos melómanos.

A cada concierto, apunta Manuel mirándose la manga vacía del estrambótico chambergo, se percibían cambios en la fisonomía de los caballos. A todas luces, las orejas se especializaban orientándose hacia un único tipo de sonidos, los musicales; la cara, acaso por influencia de la transformación del aparato auditivo, perdía ciertas facetas, se prolongaba en líneas netas y diáfanas, mostraba visajes nunca antes vistos; incluso los belfos, por lo común reseco a consecuencia de las gélidas temperaturas, se poblaban de una baba súbita y ardiente, como si la música fuera un auténtico manjar. Schubert actuaba como una droga: bastaban unos pocos compases del *andante*, a través de la cortina de lluvia o el manto de nieve, y ya los caballos acudían solícitos, atraídos por su recién adquirida vocación.

---

Mientras la campaña rusa fue un éxito, los conciertos se repitieron con asiduidad, de modo que las bestias se mostraban cordiales y pacíficas, inmunes al azote del clima y al hostigamiento de las patrullas enemigas. Manuel, que aprendía alemán a marchas forzadas, transformaba la historia en virtud, y como aquel glorioso emperador que un día lo fue de Alemania y España, en vez de con Dios hablaba con los animales en su lengua materna, reservando para sus jefes militares el idioma del imperio emergente.

Dando cuenta de su segundo campari, Manuel me informa de cómo Baumann, en las noches de frío pavoroso, cuando la orina se congelaba en el aire y el cuero de las botas se doblaba como si una mano invisible lo forzara, entraba en las caballerizas con los instrumentos a cuestas y los depositaba entre la paja y la tierra, para que los caballos les dieran calor e impidieran que el frío los deteriorara. Por aquel tiempo cualquier lugar era idóneo para interpretar *La muerte y la doncella*: un colegio abandonado, un campo de patatas o trigo, un galpón junto a las hogueras donde la infantería vivaqueaba. Y nadie experimentaba asombro al ver a los trece caballos (siempre ese número, indica Manuel, ni uno más ni uno menos) formando dos, tres y hasta cuatro filas para escuchar impertérritos, como animales de sal, la música del vienés sifilítico.

Manuel me cuenta ahora cómo las cosas co-

---

menzaron a torcerse; la coincidencia en el calendario del comienzo de la derrota y el permiso de Baumann a causa de una herida en una tibia; sus noventa días de exilio en Berlín mientras los caballos, taciturnos y fantasmales, escuchaban el estruendo de los morteros y el fragor de los incendios aguardando a que el aire trajera las frágiles notas de una viola.

Otoño de 1942: el sitio de Leningrado se prolonga hace ya un año; nadie se atreve a ocupar el lugar de Baumann en el cuarteto; el desánimo, los sabañones de Manuel y la amargura casi humana de los caballos crecen a un tiempo, en perfecta aunque trágica armonía. Y de pronto, un mediodía de diciembre, a las puertas mismas del invierno, el teniente reaparece mostrando una leve cojera, plétórico de vida, feroz, franco, colosal en su apostura, un gestor de la belleza.

Por unas semanas, asegura Manuel con los ojos húmedos por el recuerdo, pareció que las aguas fueran a volver a su cauce, que la Compañía Hipomóvil recuperaría, gracias a la contagiosa alegría de su jefe, el esplendor de días pasados, pero en realidad todo fue un espejismo, el viejo bálsamo de la música nada podía ya contra la evidencia de la derrota, y el invierno, pétreo y musculoso, un gigante ataviado de blanco, estaba rompiendo en pedazos el corazón de caballos y hombres.

El entorno de Leningrado está salpicado por

---

cientos de lagos que conforman el gigantesco ecosistema del Ládoga. Entre ellos, el Nazárov extiende sus poco menos de doscientos metros cuadrados al pie de un hermoso valle que le presta nombre, donde en verano es posible nadar y practicar la pesca y en invierno unos pocos valientes patinan y levantan muñecos usando como armazón palos de escoba. Pocos días antes de la Operación Iskra, la gran ofensiva soviética de comienzos del año 43, Baumann y sus hombres tocaron por última vez *La muerte y la doncella* en tan insólito escenario.

Fue ya entrada la noche, precisa Manuel, con la única luz de la luna por testigo, cuando el cuarteto caminó hasta el centro del lago y comenzó a tocar, los músicos sentados sobre incómodas sillas de tijera y vistiendo sus impolutos uniformes de caballería, formando un círculo alrededor del cual se fueron congregando, uno a uno, serenamente, los trece caballos. Había que ver, dice Manuel buscando las palabras como un orfebre busca el tallado más exacto para un diamante; había que ver con qué dignidad y desesperanza, sí, esas son las palabras adecuadas, con qué dignidad y desesperanza tocaron aquella noche para su auditorio, conscientes aunque al tiempo orgullosos de la inutilidad de tanta belleza en medio de la desolación; había que verlos sobre la lámina de hielo, absortos en su música, sí, tan dignos, tan completamente vacíos de esperanza alguna en el futuro, interpre-

---

tando aquel *andante* entre cuyas notas cualquiera podía advertir que el hielo se estaba rompiendo, sí, con absoluta dignidad, con absoluta desesperanza, esas son sin duda las palabras indicadas; había que verlos mientras la placa de hielo iba cediendo bajo el peso de hombres, animales e instrumentos, con ese ruido peculiar que el hielo produce al romperse, un ruido imposible de olvidar, como si una cremallera infinita se abriera sin pausa, como si las vértebras de un cuerpo fueran desgajándose una a una, sí, con aquel frío implacable y el enemigo a punto de atacar emboscado tras sus tanques, sus sacos de arpillera, su tozudez asiática.

Manuel vuelve a contemplar la manga vacía del estrafalario chambergo y me pregunta si alguna vez he visto cómo se hunde un caballo en el hielo, con sus patas lanzadas hacia delante y hacia arriba, semejante a una figura de tiovivo, con los pulmones a punto de reventar resollando como fraguas, con el pelaje llenándose de escarcha y los ojos, locos en el perímetro de sus órbitas, mirando sin ver. Y yo le respondo que no pero comprendo su pena sentado en esta terraza de verano del Madrid de los Austrias, en la bulliciosa calle Preciados, pues me basta con ver la manga vacía del anacrónico chambergo, el brazo ausente con el que Manuel atacaba las cuerdas del chelo, el miembro que un caballo le arrancó cuando intentaba huir abrazado a su instrumento en el preciso instante en que el cuarteto del tenien-

---

te Baumann y los trece caballos de la Compañía Hipomóvil, oyendo el *andante* de *La muerte y la doncella* de Franz Schubert, desaparecían, digna y desesperanzadamente, bajo las aguas del Nazárov.

2002